

BREVE HISTORIA DE LA MNEMOTECNIA

www.mnemotecnia.es

Breve historia de la mnemotecnia

© 2014 Luis Sebastián Pascual
(luis@mnemotecnia.es).

Para citar este trabajo, utiliza la siguiente referencia:

SEBASTIÁN PASCUAL, Luis. Breve historia de la mnemotecnia [en línea]. Texinfo ed. 1.3, mnemotecnia.es, febrero 2014. Disponible en Web: <<https://www.mnemotecnia.es/bhm>>.

INTRODUCCIÓN

El origen de las técnicas de memorización para la mayoría de personas es un total misterio. Incluso muchos de los autores que escriben libros explicando estas técnicas ignoran por completo la historia que hay detrás de las mismas.

Las siguientes páginas, a modo de guía rápida, pretenden paliar esta situación mostrando una **breve historia de la mnemotecnia** que pueda, por un lado, satisfacer la curiosidad del que se interesa por los orígenes de las técnicas de memorización y, al mismo tiempo, servir de referencia histórica para aquellos que habitualmente utilizan la mnemotecnia y no encontraban hasta ahora, aunque escueta, una fuente de documentación.

Eso sí, una advertencia: la historia de la mnemotecnia, bien contada, perfectamente podría ocupar un par de gruesos volúmenes. Reducirla a seis breves capítulos supone resumir mucho y omitir mucho más. No obstante, a pesar de las cuestiones ausentes, creo que se logra el objetivo de esbozar las líneas maestras de una historia tan rica como desconocida.

Espero, pues, que la lectura resulte entretenida y fructífera.

Los primeros documentos que atestiguan la existencia de unas ayudas a la memoria datan de la época del imperio romano. De la mano de Cicerón, más concretamente en su obra *De Oratore* (terminada aproximadamente hacia el año 55 a. C.), descubrimos la aventura del poeta griego Simónides de Ceos, muchas veces narrada, que vivió entre los siglos VI y V a. C.; cuenta la historia que habiendo sobrevivido, gracias a los dioses, al derrumbe de un edificio en el que se celebraba un banquete, logra identificar los cuerpos desfigurados bajo los escombros a partir del lugar que ocupaba cada uno. Se percató de que observando los lugares podía recordar con facilidad lo que tenía asociado a cada uno de ellos, dando origen así al método *loci* o de los lugares (*loci* en latín significa «lugares»).

No sabemos cómo evoluciona esta idea en la antigua Grecia, pues no ha llegado hasta nuestros días ningún documento de aquella época que nos explique la materia pero, a través de sus textos de retórica, sabemos que los romanos contaban ya con una mnemotecnia totalmente desarrollada. En efecto, en tiempos en los que no existían dispositivos electrónicos ni libretas donde tomar notas, la memoria era el único soporte donde el orador podía guardar su discurso y apuntar las palabras de su oponente para después rebatirlas. Por ello, la retórica incluía una parte dedicada a formar la memoria del orador, donde se incluían las técnicas de memorización iniciadas por Simónides.

En un libro de retórica de autor desconocido y que identificamos con el título de *Rhetorica ad Herennium*, escrito en algún momento entre los años 86 y 83 a. C., encontramos principios que son la base de la mnemotecnia que aún usamos en nuestros días, e ideas que se repiten a lo largo de los siglos. Por ejemplo, la distinción entre «memoria natural» y «memoria artificial», entendiéndose por esta última aquella que se alcanza mediante algún artificio, arte o técnica; que la memoria artificial está formada por lugares e imágenes, la base del método *loci* y derivados; la elección de lugares, que pueden también ser ficticios (lo que hoy habitualmente identificamos como «palacios de la memoria»); la formación de imágenes, que pueden representar cosas o palabras (*memoria rerum*, *memoria verborum*), que unas son más efectivas que otras, etc.

Junto al anónimo autor y la breve mención de Cicerón, nuestras fuentes históricas concluyen con las *Institutionis Oratoriae* de Quintiliano, terminada hacia el año 95 de nuestra era. Quintiliano conoce y describe bastante bien los procesos mnemotécnicos; por ejemplo, tras explicar el método *loci*, nos cuenta cómo pueden establecerse diversos lugares no sólo dentro de una casa, también en las calles que circundan la ciudad, o en las ciudades que aparecen a lo largo de un viaje. Pero si hace

esta explicación es para a continuación analizar las técnicas y, con buen ojo, haciendo gala de una sensatez poco habitual, emitir su juicio. Observa Quintiliano que muchos conceptos no son fáciles de representar mediante imagen, y aun cuando se supere esta dificultad, ¿cómo pronunciar un buen discurso si el orador tiene su mente centrada en repasar los lugares y descifrar las palabras que evocan las sucesivas imágenes? Concluye que esto no es factible y que la verdadera memoria proviene del trabajo diario.

Esta es la razón por la que los detractores de la mnemotecnia suelen citar a nuestro maestro de retórica como precedente. Sin embargo, si bien Quintiliano es escéptico respecto a las virtudes de este arte para el orador, no niega que en ocasiones pueda ser su utilidad y, de hecho, hace suyas algunas estrategias mnemotécnicas: por ejemplo, recurrir a la imagen de un ancla para acordarse de hablar sobre barcos, o pensar en *cicer* (garbanzo) para acordarse de Cicerón.

Quizás su poco entusiasmo venga motivado, en parte, porque tras estas artes advierte mucha vanidad. En la época ya se contaban hazañas asombrosas como la de Teodectes, capaz de repetir palabra por palabra un discurso tras haberlo oído una sola vez. Quintiliano no da crédito a estas historias, pero las tendrá por buenas si con ello, tratando de emular tales prodigios, alguien se anima a mejorar su memoria.

NOTA

Siempre se ha considerado que la historia de Simónides tiene más de mito que de realidad. Quintiliano ya cuestionaba un relato del que había oído mil versiones distintas. Sin embargo, la figura de Simónides es real y su relación con la mnemotecnia figura incluso en una inscripción en mármol (fechada entorno al 264 a. C.) encontrada en la isla de Paros en el siglo XVII —hoy en el Ashmolean Museum de Oxford— donde, entre otros nombres, aparece el de «Simónides de Ceos, hijo de Leoprepes, inventor del sistema de ayuda-memorias».

La caída del imperio romano supuso el fin de una cultura y la pérdida de unos conocimientos que tardarían mucho tiempo en volver a ser redescubiertos. Tal es el caso de la mnemotecnica, de la que no volvemos a tener noticias hasta el siglo XIII, bien entrada la edad media.

Cuando San Alberto Magno, pero sobre todo su aventajado discípulo, Sto. Tomás de Aquino, estudian la obra de Aristóteles, encuentran el título *De memoria et reminiscencia* donde el filósofo aborda el tema de la memoria. Esto les recuerda aquel viejo tratado de retórica donde se describían unas técnicas de memorización (la *Rhetorica ad Herennium*, por entonces atribuida a Cicerón), y tomando dos ideas de aquí y dos de allá, Sto. Tomás compone cuatro reglas para mejorar la memoria que incluye en su *Summa Theologiae* escrita entre 1265 y 1272.

En lo que a mnemotecnica respecta, las palabras de Sto. Tomás no son gran cosa, pero despiertan el interés por el olvidado arte de la memoria entre los religiosos que estudian la doctrina del doctor angélico. Y así es como aquellas reglas que enseñaban a los oradores romanos a memorizar sus discursos, ahora enseñarán a los predicadores medievales a memorizar sus sermones.

Pero la mnemotecnica presente en algunos de los manuales para predicadores, que tienen su máximo auge en el siglo XIV, presenta una singularidad: a menudo renuncia a las imágenes extrañas. En el desarrollo del método *loci* normalmente asociamos los asuntos a recordar con el lugar de la ruta improvisando una imagen absurda, extraña, llamativa, etc. que fije un vínculo entre el lugar y el asunto; en la edad media la técnica es la misma pero no se emplea este tipo de imagen, los diversos datos a recordar sencillamente se «depositan» en el lugar de la ruta sin recurrir a ningún tipo de absurdos.

La explicación que se ha propuesto para este hecho es que los sacerdotes no sólo usaban la mnemotecnica para memorizar su sermón, sino que la compartían con el auditorio para que también sus fieles, al terminar la misa, recordasen la palabra de Dios. Por tanto, utilizarían imágenes simples que fueran comprensibles por gente sencilla y sin instrucción.

Para facilitar el recuerdo de los asuntos situados en cada lugar, ya que la asociación era muy débil, lo que se hacía era improvisar rutas que guardaran alguna similitud o evocasen la materia que se estaba memorizando. Esto lleva a la proliferación de diversos tipos de rutas u «órdenes», ya que cualquier sucesión de elementos dispuestos en determinado orden era susceptible de ser aprovechado como una ruta para el método de los lugares. Veamos algunos ejemplos:

Unas rutas están inspiradas en la retórica romana, como el recorrido por las distintas capillas o elementos que encontramos dentro de una iglesia, o elementos destacados de las ciudades que atravesamos camino de Santiago de Compostela. Otras parten de conceptos medievales: la figura humana, como símil de la estructura social, sugiere una ruta por las diversas partes del cuerpo; el universo formado por esferas invita a un trayecto a través de las mismas, desde el cielo empíreo hasta el centro de la tierra. Más original resulta tomar como referencia los distintos puntos de un texto que conozcamos bien, o formar un acrónimo, donde cada letra de la palabra viene a ser como un lugar que recuerda el asunto cuya inicial coincide, precisamente, con dicha letra: aquí la asociación entre lugar y dato se establece sin ningún tipo de imagen.

A finales del siglo XV se producen una serie de hechos que darán lugar a uno de los periodos más fructíferos e interesantes de la mnemotecnia.

Por un lado, aparecen los primeros textos dedicados exclusivamente al *ars memoriae*. Si hasta ahora esta materia la veíamos como un capítulo dentro de una materia mayor, por estas fechas aparecen los primeros manuales dedicados exclusivamente al arte de la memoria, como el *Ars memoriae* de Publicius (hacia 1475, aunque se conoce más por su inclusión en el *Oratoriae artis epitome* de 1482) o el *Phoenix* de Pedro de Rávena (1491).

La aparición de la imprenta, que ya empieza a estar presente en algunas las principales ciudades europeas, va a propiciar la rápida difusión de estos textos, que tienen muy buena acogida. La prueba es que durante el siglo XVI los manuales de mnemotecnia se cuentan por docenas, llegando algunos a convertirse en auténticos *best-seller*. Entre los más reconocidos hoy, por ser quizás también los más completos, está el *Congestorium artificiosae memorie* (1520, aunque generalmente se cita la edición de 1533) de Johannes Romberch y el *Thesaurus artificiosae memoriae* (1579) de Cosmas Rossellius.

Desde el punto de vista mnemotécnico, la novedad es el método del abecedario (un método *loci* donde los lugares se cambian por letras y la ruta es el abecedario). No es que el sistema se invente ahora, su origen probablemente esté en la edad media (Boncompagno da Signa ya menciona algo sobre unos «abecedarios de imágenes» en su *Rethorica Novísima* de 1235) pero es por estas fechas cuando aparecen los primeros alfabetos visuales y encontramos la explicación del sistema, así como diversas variantes.

La más atractiva, con sus ilustraciones, es el sistema letra/figura, donde cada letra se representa mediante algún objeto cuya figura recuerda la forma de la letra en cuestión: la A es un compás abierto o una escalera de tijera, la B un laúd, la C una herradura, etc.

La más prolífica es el sistema letra/inicial, donde cada letra se representa mediante algo cuyo nombre empieza por la letra indicada. Se pueden crear listas con amigos y conocidos (A: Antonio, B: Benedicto, etc.), con animales (A: Aguila, B: Buho, etc.), con oficios (A: Abad, B: Barbero, etc.), con objetos (A: Atril, B: Ballesta, etc.), con órganos del cuerpo (A: Auris [oreja], B: Barba, etc.).

El siguiente paso, evidente, es sustituir las letras por números. Y, así, los alfabetos visuales dan paso a los primeros casilleros numéricos compuestos con el sistema número/figura, donde el 0 es una calabaza, el 1 un cuchillo, el 2 una hoz, etc.

También aparecerá otra forma de representar números, mediante un sistema que podríamos denominar número/símbolo, ya que cada número se sustituye por un objeto que, no por su figura, sino por alguna otra propiedad, recuerda al número en cuestión. Por ejemplo, el 1 podría ser el ave Fénix, que sólo hay una; el 2 serían unos zapatos, que siempre van de dos en dos; 3 sería un triángulo, objeto de tres lados; etc.

Pero al mismo tiempo que la mnemotecnia alcanza un auge sin precedentes, también van cogiendo fuerza algunos argumentos desfavorables. Los humanistas del renacimiento, por ejemplo, eran en su mayoría contrarios a las técnicas de memorización: consideraban que estas técnicas tan sólo facilitaban la repetición mecánica, como el loro que pronuncia unas palabras sin saber lo que está diciendo. Para Erasmo de Róterdam, Luis Vives y muchos otros, la verdadera memoria era aquella derivada del estudio, análisis y comprensión de la materia, es decir, del conocimiento; cualquier otra cosa les evocaba oscuras prácticas medievales donde estudiar era repetir las palabras del profesor sin ser consciente de su significado.

Por otro lado, no debemos despreciar el factor religioso. Desde la edad media el arte de la memoria se presenta estrechamente vinculado a la iglesia católica, más cuando se busca —y a menudo se encuentra— una relación entre el marcado simbolismo de los elementos religiosos y esas imágenes mnemotécnicas que componemos en nuestra mente para recodar datos. Desprestigiar y rechazar la mnemotecnia, con sus reglas para crear imágenes pecaminosas que atentan contra el espíritu, será una forma que tienen los protestantes de remarcar su identidad en contra del catolicismo.

Todo esto, sumado a otras cuestiones igualmente desfavorables, hará que a principios del siglo XVII el arte de la memoria esté ya en franca decadencia. La sentencia final suele atribuirse a Descartes, cuando en su *Cogitationes Privatae* (1619-1621) llama necio —literalmente— a Lambert Schenkel, el maestro de mnemotecnia más conocido de la época. La mnemotecnia pasará a ser una materia marginal, totalmente ignorada, cuando no desprestigiada, en el entorno académico o intelectual.

En 1648 se publica en Alemania una obra clave en la historia de la mnemotecnia, la *Relatio Novissima ex Parnasso de arte reminiscientiae* de Johann Just Winkelmann (aunque firma el libro con el pseudónimo de Stanislaus Mink von Wennsshein). Aquí encontramos por primera vez una técnica basada en un código número/letras que, mediante la asignación de determinadas letras a ciertos números, por traslación, convierte cualquier cifra en palabra (palabra numérica).

La técnica consiste en crear breves frases memorativas, fáciles de recordar, en las que destaca una palabra numérica que representa, según este código número/letras, el año del hecho descrito en la frase. Por ejemplo, para recordar la fundación de la universidad de Leiden en 1575 propone esta frase: «Auf dem PLäNLe muß man viel leiden», donde destaca la palabra *plänle*, cuyas consonantes, en mayúsculas, señalan la cifra del año.

Aunque los ejemplos muestran cómo recordar fechas de hechos históricos, Winkelmann propone la misma idea para memorizar cifras de diversas materias. Esta técnica rompe con toda la tradición mnemotecnica, históricamente basada en los lugares e imágenes del método *loci*.

Sin embargo, la idea de convertir cifras en palabras al objeto de que sean más fáciles de recordar ya está presente en la obra de un matemático francés, Pierre Hérigon, que en su *Cursus mathematicus* de 1634 propone un sistema de palabras numéricas, aunque algo primitivo, pues otorga valor a todas las letras —incluyendo vocales— y se limita a generar palabras carentes de significado.

Pero no parece que Winkelmann se inspirase en el trabajo del francés. Poco antes de que publicase su obra, en 1647, encontramos un libro de historia firmado por Johannes Buno donde apreciamos, impresas en los márgenes, palabras que representan la fecha de los hechos descritos en el texto según el mismo sistema de Winkelmann. Esta coincidencia hace pensar que tanto Buno como Winkelmann están tomando su sistema número/letras de un autor previo, para nosotros desconocido.

Sea como fuere, el hecho es que esta nueva técnica logra cierto éxito e incluso llama la atención de aquellos filósofos de la segunda mitad del siglo XVII que alguna vez soñaron con crear una lengua universal, entre ellos Leibniz, al que algún despistado ha llegado a atribuir la invención del sistema número/letras.

NOTA | La tabla con la relación número/letras se conoce como «código fonético» por la forma de seleccionar las letras. El proceso generalmente empieza por escoger una letra para cada número (Winkelmann cogía la B, primera consonante del abecedario, para el primer número, el I; la C, segunda

consonante, para el 2; etc.) y después, las letras que quedan libres se unen a aquellas anteriormente seleccionadas de sonido más similar. Por ejemplo, al número representado por la C se añaden la K y Q por ser consonantes de pronunciación parecida. Así, alrededor de cada número tienden a agruparse las letras de fonética similar, de ahí el nombre de código fonético. También se denomina a veces código numérico —o alfanumérico— por razones obvias.

En cualquier caso, corren malos tiempos para el arte de la memoria. El llamado siglo de las luces, en lo que mnemotecnia respecta, bien pudiera llamarse el siglo de la oscuridad, pues el panorama es desolador: a lo largo de todo el siglo XVIII apenas hay nada que destacar. Tan sólo encontramos una excepción, el título *Memoria technica* de Richard Grey.

Grey publica su libro por primera vez en Inglaterra en 1730 con el subtítulo de «a new method of artificial memory», bastante acertado pues, en efecto, aquí poco encontramos de la mnemotecnia clásica. Toda la obra gira alrededor de una sola técnica, la de las frases memorativas de Winkelmann: en el primer capítulo explica cómo convertir cifras en palabras mediante el código fonético y dedica el resto a enseñar, con cientos de ejemplos, cómo crear frases memorativas para todo aquello que deseemos recordar.

No hay en este libro ni rastro del método *loci* ni de nada que se le parezca, a pesar de que Grey es consciente de que existe otra mnemotecnia de larga tradición: «[...] el método aquí propuesto es totalmente distinto al de Simónides de Ceos, muy famoso entre los antiguos por ser el primer creador de un arte de la memoria, de quien tanto Cicerón como Quintiliano hablan con respeto, y cuyo método de lugares e imágenes...», pero no muestra ningún interés por ella: «Habiendo comprobado que mi método era suficiente, no he tenido interés en buscar ningún otro».

El libro alcanza un éxito insospechado: se conocen 23 ediciones distintas —principalmente se iban actualizando y añadiendo listas de frases memorativas— y estará periódicamente reimprimiéndose durante 150 años.

Durante el siglo XIX el arte de la memoria renace y alcanza un auge tan solo comparable al del XVI, pero estamos ante una disciplina totalmente remodelada que poco parecido guarda con lo visto en los tratados del renacimiento. Esto se aprecia incluso en su denominación, que paulatinamente abandona la expresión «arte de la memoria» o «memoria artificial» por el más moderno término **mnemotecnia**.

Todo empieza cuando en Alemania resurge cierto interés por el semi-olvidado arte de la memoria; allí se publican, en los albores de este siglo, las obras de Gräffe, Kästner, Klüber o Aretin. También es originario de estas tierras un personaje principal en nuestra historia, Gregor Von Feinaigle.

Feinaigle vivió durante varios años como profesor itinerante, recorriendo media Europa con sus cursos de memorización. Logró cierta fama, incluso el famoso Lord Byron lo cita en uno de sus poemas, pero esta fama no siempre fue positiva: más de una vez lo tacharon de charlatán y de que sus técnicas en realidad no servían de nada; «Ma tête étraî un vrai chaos» comentaba el dramaturgo Étienne de Jouy tras asistir a unas lecciones en Francia.

Y es que, en la época, el uso de imágenes extrañas y sorprendentes no fue bien recibido, máxime cuando Feinaigle proponía a veces enrevesadas escenas más próximas a un galimatías que otra cosa; logró entusiastas adeptos, pero también numerosos detractores que, además, no veían claro el secretismo con que Feinaigle protegía sus enseñanzas (los alumnos tenían prohibido explicar nada de lo que aprendiesen —no fueran a restarle público y menguar sus ingresos— y tanto misterio no ayudaba a una buena imagen).

Pero en mnemotecnia introdujo algunas novedades aún vigentes a día de hoy. Por ejemplo, a la hora de componer la relación número/letras del código fonético pensó que sería más fácil recordar qué letra corresponde a cada número si las seleccionaba mediante algún criterio de similitud. Así, al 1 asignó la t, de trazo bastante similar; al 2 la n, por aquello de que se escribe con dos palitos; al 3 la m, por idéntica razón... hasta al 0, al que asigno la s, pues el número es redondo como una rueda que al girar muy rápido silba: «sssss». Y cuando componemos nuestra lista de cien palabras clave, también seguimos una propuesta original de Feinaigle (aunque él no utilizaba el código fonético, sino el sistema número/figura para escoger cien objetos distribuidos esquemáticamente en una especie de habitaciones cuadrículadas).

Feinaigle nunca alcanzó el prestigio anhelado, pero con sus cursos despertó un nuevo interés por el arte de la memoria que fructificará especialmente en Francia, de la mano de Aimé Paris.

En su momento, Aimé Paris anunciaba su mnemotecnia como la de Feinaigle, pero simplificada. ¿En qué consistía esta simplificación? En eliminar de la ecuación cualquier atisbo de imágenes y volver al esquema de las frases memorativas, a las que llama «formules» (fórmulas). Incluso el método *loci* se adapta a este sistema de fórmulas, asociando cada dato a un lugar mediante la composición de una fórmula o frase memorativa.

Ahora bien, esta mnemotecnia tendrá una particularidad muy significativa.

Aimé Paris inicialmente era profesor de música y estenografía. Aquellos temas por los que tomaba interés no tenía reparos en modificarlos, introduciendo cambios que le llevaban a desarrollar su propio sistema. Cuando descubre la mnemotecnia y ve el código fonético, encuentra aquí un obvio paralelismo con aquel sistema de estenografía que reducía todos los sonidos que pronunciamos al hablar a diez grupos, que fácilmente podrían asignarse a los diez números del cero al nueve.

Así es como el código número/letras, adaptado a lo que ya conocía de estenografía, se transforma en una especie de código número/articulaciones en donde cada número se asocia, no a una letra, sino a uno de los sonidos que articulamos al hablar. De esta forma, al 1 le asigna las articulaciones dento-linguales, «te/de»; al 2 las nasales, «ne»; etc. Y las palabras se convierten en números conforme, no a cómo se escriben, sino a cómo se pronuncian. Por ejemplo, en francés la expresión «c'est» suena como «sè» y, por tanto, equivale a un simple 0 (las letras «st» finales, como al hablar no se pronuncian, no se tienen en cuenta).

En resumen, para convertir una cifra en palabra (y viceversa) lo importante será la fonética, no la ortografía de la palabra. Este será el sello distintivo de la denominada escuela o mnemotecnia francesa del siglo XIX.

Aimé Paris abandona la mnemotecnia alrededor de 1834 para centrarse en el desarrollo de un sistema musical, pero para entonces ya ha logrado gran éxito y muchos autores adoptan y propagan sus técnicas. Por citar unos pocos nombres: en Francia destacan los hermanos Castilho (de origen portugués) o Abbé Moigno; Pereira, Doria o el mayor de los hermanos Castilho en Portugal; Pedro Mata en España; Fraticelli, Silvin o Tito Aurelj en Italia; Otto Reventlow en Alemania (aunque es natural de Dinamarca); Beniowski o Edward Pick en Inglaterra;

incluso al otro lado del océano, en la costa este de Estados Unidos, surgen los nombres de Francis Fauvel-Gouraud o Pliny Miles (aunque éste último emigrará para establecerse en Londres, donde también publica algunas obras de mnemotecnia).

Cabe destacar de este nuevo movimiento, al menos, dos aspectos importantes.

Primero. La mnemotecnia se entiende casi exclusivamente como una técnica de estudio, especialmente indicada para la cronología, y se harán hercúleos esfuerzos por introducir estos métodos en las escuelas. Aparecen libros que no son más que una extensa colección de fórmulas o frases memorativas mediante las cuales «aprender» (entiéndase memorizar) todo tipo de datos, mayormente fechas de sucesos históricos. Tenemos, por citar un par de ejemplos, el *Leitfaden der Mnemotechnik für Schulen* (1846) de Otto Reventlow, o el *Slater's sententiae chronologicae* (1848) de Eliza Slater.

También es habitual encontrar, bien como anexo, bien como obra independiente, los llamados «diccionarios mnemotécnicos», tablas en las que se recoge, para cada número, palabras equivalentes según el código fonético. El *Dictionnaire mnémotechnique* de los hermanos Castillo en 1834 alcanzaba ya la quinta edición; en inglés, es muy conocido el *Phreno-mnemotechnic dictionary* de Francis Fauvel-Gouraud, de 1845.

El método polonés, desarrollado por Jazwinsky pero conocido principalmente por el trabajo de Józef Bem (*Exposé général de la méthode mnémonique Polonoise*, 1839), se tomaba como una mnemotecnia ya que estaba pensado para estudiar historia. Hoy, prácticamente desconocido, lo consideraríamos más bien una ayuda gráfica, tipo diagramas, mapas conceptuales, etc.

Segundo. Unos lo harán para evitar la fama de charlatán que tuvo Feinaigle y dar un tono más serio a su trabajo, otros por verdadero interés en divulgar lo que consideran las claves de la buena memoria. Bien sea por una razón u otra, hacia mediados del siglo empezamos a ver libros que incluyen capítulos más propios de un tratado de psicología que de mnemotecnia.

Un buen ejemplo es Beniowski y su principio de familiaridad, o los «psychological processes» de Edward Pick en su libro *On memory* (1ª ed. 1861), donde no se describe ni una sola técnica de memorización (al menos, en el concepto clásico de la expresión). En norteamérica, en un intento de dar mayor relevancia a su trabajo, Francis Fauvel-Gouraud titula su libro *Phreno-mnemotechny* (1844) aprovechando la entonces popularidad de la frenología —sinónimo de la más avanzada ciencia del momento—.

Todos estos intentos por dotar a la mnemotecnia de una base científica —y elevar a sus propagadores al nivel de «profesor»— deriva a finales del siglo XIX en un nuevo movimiento autodenominado «mnemotecnia racional».

Esta mnemotecnia se caracteriza por marginar el uso de imágenes sorprendentes o frases memorativas, y trata de establecer asociaciones mediante reflexiones y análisis de los datos a recordar que pongan de manifiesto algún vínculo entre ellos. De hecho, se definen toda una serie de leyes que marcan los diversos tipos de vínculos posibles.

Por ejemplo, edificio y vivienda: ambos términos hacen referencia a construcciones realizadas por el hombre, pueden incluirse dentro de un mismo concepto; edificio es más genérico, mientras que vivienda es más concreto, una construcción destinada a residir en ella: estamos pues ante un caso de ley de inclusión (ambos conceptos incluyen la misma idea, una construcción) en su modalidad de género y especie (uno es plural, admite muchas posibilidades, otro singular, tiene un uso muy concreto). La idea es que, habiendo encontrado una asociación lógica entre los datos, éstos permanezcan ligados en nuestra memoria (aunque, quizás, el éxito venga dado más bien por el tiempo dedicado a buscar ese vínculo que por el propio vínculo en sí).

El máximo exponente de esta mnemotecnia o, al menos, el que más fama alcanzó, fue el norteamericano Alphonse Loiset (pseudónimo de Marcus Dwight Larrowe), de quien tomo el ejemplo anterior (*Assimilative memory*, 1896).

Otro ejemplo que ilustra muy bien el proceder racional es cuando Loiset muestra cómo memorizar números. La población de Nueva Zelanda, por la época, era de 672265 habitantes, una cifra que entre los dos primeros (67) y dos últimos dígitos (65) tiene una diferencia justo de dos, y si la separamos precisamente en dos partes (672 265) observamos que una termina y la otra empieza también por dos. Concluye Loiset que, habiendo observado estas coincidencias, será difícil olvidar la cifra: «Ya sea procediendo de esta forma o de cualquier otra, la serie queda grabada en la memoria y será difícil de olvidar».

El sistema de palabras numéricas se presenta como una técnica alternativa. A la hora de realizar la conversión de una palabra en número (o viceversa) paulatinamente se vuelve a la ortografía de la palabra, es decir, a la forma como se escribe, no como se pronuncia. Sin embargo, la escuela francesa ha dejado huella. Loiset todavía respeta el principio de considerar en las palabras solamente las consonantes que «suenan», las que tienen pronunciación. En consecuencia, algunas letras como la «C»

adquieren doble valor: cuando se pronuncia como en la palabra *casa* (c fuerte) corresponde al número 7, junto la k y q, pero cuando se pronuncia como en la palabra *cielo* (c suave) corresponde al número 0, junto con la s y z.

Este es el modelo que llega hasta nuestros días, siendo aún utilizado por gran número de autores actuales.

La mnemotecnia racional de finales del siglo anterior no llega a ser un movimiento universal y tiene una vida relativamente corta. En gran medida esto se debe a la mala fama de algunos de sus impulsores: Loiset, que tanto éxito cosechó en un principio, termina acumulando un sinfín de críticas y denuncias, pues acostumbraba a presentar como propias ideas copiadas de otros autores —que no permanecen impasibles—; será visto como un farsante y su trabajo totalmente desprestigiado. Así, las leyes de inclusión, similitud, contraste, etc. cada vez tienen menos protagonismo, llegando verse reducidas a un simple capítulo (por ejemplo, en el *Memory training* de Ernest Wood, de 1915) y finalmente desaparecer.

Sin embargo, la idea de unas técnicas que no incluyan ningún tipo de extraño artificio persiste, cobrando nuevas fuerzas: la moda a principios del siglo XX es mejorar nuestra capacidad de memorización pero de forma totalmente natural, sin trucos mnemotécnicos, lo que se conocerá como «la educación de la memoria»; incluso en algunos entornos la propia palabra *mnemotecnia* pasa a significar algo así como «ciencia para el desarrollo de la memoria» en la que no encontramos ni rastro de los habituales recursos mnemotécnicos. En este nuevo contexto, la mnemotecnia —en su definición clásica— no tiene cabida; si se menciona es como una curiosidad, a la que apenas se dedican cuatro párrafos, o bien se la critica abiertamente como algo inútil (o incluso perjudicial).

Esto da pie a algunos títulos curiosos, como el *Memory without mnemonics* (1904) de Asturel, que ya de entrada advierte que de mnemotecnia nada, o el *How to remember, without memory systems or with them* (1901) de Eustace Miles, que en el prólogo se siente obligado a justificar la parte del libro dedicada a la mnemotecnia: «[...] Pero el lector atento se dará cuenta de que estos “sistemas” ocupan un segundo plano en el libro; además, observará que no todos son necesariamente “atajos para perezosos”; y admitirá con franqueza que ni siquiera los atajos son siempre una auténtica maldición».

No obstante, algunos autores de éxito prestan más atención a esta materia y, ajenos a las modas, recuperan viejas técnicas como el tradicional método de los lugares, que por esta época suele presentarse con el nombre de «método topográfico» (del griego «topos», lugar). Estas técnicas, sin embargo, aparecen un tanto diluidas y a menudo ocupando un lugar secundario; véase, por ejemplo, *Méthode pratique pour développer infailliblement la mémoire* (1927) del francés Paul-Clément Jagot, o *How to remember* (1944) del norteamericano Bruno Furst. Además, no siendo el motivo principal del libro, la mnemotecnia se presenta de forma muy arbitraria, pues los autores se apoyan casi exclusi-

vamente en su experiencia personal con aquello que encuentran en sus cortas investigaciones.

Tampoco se aprecia una clara directriz o tendencia en aquellos libros donde la mnemotecnia es protagonista principal, ya que los autores provienen de distintos ámbitos, tienen distinta formación y persiguen distintos objetivos. Por ejemplo, sin salir de España, tenemos a Ros Ráfales que es pintor y dibujante (*Mnemotecnografía*, 1911), Cesáreo Baztán que es sacerdote de la Compañía de Jesús (*Mnemotecnia racional*, 1921) o Sierra de Luna, pseudónimo de un personaje desconocido que probablemente pertenece al mundo del teatro (*Mnemotecnia*, 1940).

Sí hay, no obstante, una característica que, no siendo exclusiva del siglo XX, parece que ahora es cuando más destaca.

La mnemotecnia siempre ha tenido una vertiente lúdica. Pierre Herigon, sin ir más lejos, inventó su sistema de palabras numéricas como un simple pasatiempo, y sabemos que en el siglo XVI ya se utilizaban técnicas para memorizar las cartas de la baraja y, así, llevar ventaja en el juego. En un momento dado, alguien sin miedo al escenario y con ciertos conocimientos de mnemotecnia logrará asombrar al auditorio con una demostración de memoria prodigiosa. En realidad, no tiene mejor memoria que cualquiera de los asistentes pero, con una buena actuación y apoyándose en ciertas técnicas que los demás desconocen, consigue arrancar el aplauso del respetable. Ha nacido una nueva modalidad de espectáculo que después muchos magos e ilusionistas añadirán a su repertorio.

A ellos debemos algunos de los libros de mnemotecnia más interesantes publicados en este siglo. Encontramos, por ejemplo, los trabajos de Bernard Zufall o Harry Lorayne. También en España destacan Salvio Aliu (*La magia de la memoria*, 1952) o Wenceslao Ciuró (*Mnemotecnia teatral*, 1959) quien alcanzó cierta popularidad gracias a sus actuaciones en el programa de televisión *300 millones*.

Pero si algo caracteriza a estos autores es que, por lo general, están al margen de modas u opiniones, sólo buscan una mnemotecnia eficaz que poder desarrollar fácilmente sobre el escenario. Puro pragmatismo. ¿Y cuál es la técnica más eficaz? Pues la experiencia demuestra que los mejores resultados suelen obtenerse con los métodos basados en el viejo sistema de lugares e imágenes, es decir, método *loci* y similares. Así, de nuevo, las técnicas que se apoyan en el uso de imágenes extrañas, sorprendentes, vuelven al primer plano pero esta vez auxiliadas por una herramienta de gran valor: el sistema de palabras numéricas con su código fonético.

La posibilidad que brinda el código fonético de presentar números como palabras tiene una doble utilidad: por un lado, permite encontrar fácilmente imágenes que representen cualquier cifra, por ejemplo, una taza de *té* para el uno [1=t], el personaje bíblico de *Noé* para el dos [2=n], una columna de *humo* para el tres [3=m], etc. Pero, al mismo tiempo, nos permite crear para el método *loci* una ruta tan larga como queramos, aprovechando esas mismas imágenes: en el primer punto de la ruta tengo una taza de *te* [t=1], en el segundo encuentro a *Noé* [n=2], en el tercero algo que se quema provocando una columna de *humo* [m=3], etc.

La única dificultad estriba en distinguir si la imagen del número representa una cantidad, o una posición dentro de un orden; habitualmente se resuelve el problema escogiendo un término muy concreto para el orden y cualquier otro para cantidad (puedo elegir *té* para señalar la posición primera y *tea* o *tía*, por ejemplo, para la cantidad de uno).

Ahora bien, si el espectáculo ayuda a mantener vivo cierto interés por la mnemotecnia, al mismo tiempo crea la imagen de un entretenimiento, una trivialidad: algo curioso, pero sin más valor que las visiones de la bruja de la feria con su bola de cristal. Esta situación cambiará alrededor de las décadas de los 60 y 70. Seguramente, en el futuro se contemplará esta época como uno de los momentos importantes en la historia de la mnemotecnia. Varios factores confluyen en este breve periodo de tiempo.

En 1960 el historiador italiano Paolo Rossi publica su magnífico trabajo *Clavis universalis*; pocos años después, en 1966, le sigue el no menos valioso *The art of memory* de la historiadora británica Frances A. Yates. Ambos títulos revelan al lector del siglo XX la antigua, rica y apasionante historia del arte de la memoria, su estrecha vinculación con otras materias —como la emblemática, por ejemplo—, y la influencia que en otros tiempos ejerció sobre el arte, literatura, etc. Desde entonces no han dejado de publicarse estudios alrededor de esta materia y su presencia en los más diversos ámbitos de la historia. En español, por ejemplo, podríamos destacar los trabajos pioneros de Fernando R. de la Flor, Aurora Egido, César Chaparro, Luis Merino, etc.

Paralelamente, la psicología empieza a sentir cierta curiosidad por la mnemotecnia, principalmente debido su estrecho vínculo con los procesos de imágenes mentales. Puede que la mnemotecnia sea una trivialidad pero, lo cierto es que, tontería o no, apoyándose en el uso de imágenes extrañas algunos profesionales del espectáculo logran una memoria asombrosa. ¿Por qué?, ¿cómo funciona este proceso?, ¿los resultados son uniformes o varían según el tipo de dato?, ¿actúa igual en niños que

en adultos, en mujeres que en hombres?, etc. El cada vez mayor número de trabajos alrededor de estas cuestiones finalmente deriva en la creación en 1973 del apartado «Estudios mnemotécnicos» en el *Psychological Abstracts* (base de datos donde se recopilan estudios de psicología), lo que confiere a la mnemotecnica un reconocimiento como materia de estudio.

A todo esto, añádase el éxito que a nivel popular estaba obteniendo Harry Lorayne con sus libros y actuaciones (no olvidemos que Lorayne proviene del mundo del espectáculo). Su título *How to develop a super-power memory* (1957), traducido a numerosos idiomas, durante décadas ha sido —y aún es— el libro de referencia que ha formado a miles de personas en las técnicas de memorización.

Estas técnicas todavía alcanzarán mayor difusión a partir de 1991 cuando Tony Buzan promueve y da inicio a los campeonatos mundiales de memoria (*World Memory Championships*). Estas competiciones no solo despiertan interés por la espectacularidad de las marcas alcanzadas, también han dinamizado el mundo de la mnemotecnica: para lograr superar las exigentes pruebas algunos participantes desarrollan sus propias técnicas, y de aquí ha surgido el sistema Dominic —de Dominic O'Brien, ganador de ocho campeonatos de memoria— que después ha dado pie al sistema PAO (Persona, Acción, Objeto).

Cabe concluir, pues, que a finales del siglo XX el antiguo arte de la memoria parece reverdecer.

¿Qué nuevos derroteros tomará? La actual tecnología, por ejemplo, ha de jugar un papel importante en el devenir de la mnemotecnica: internet, como canal de comunicación, seguramente sea tan relevante como lo fue la imprenta en el siglo XVI. ¿Y los dispositivos electrónicos capaces de poner ante nuestros ojos —literalmente— esos mundos ficticios que hasta ahora solo existían en la imaginación? El futuro promete ofrecer una historia fascinante.

LECTURA RECOMENDADA

*Podrás ampliar y descubrir
nuevos temas en el libro:*

En busca de la memoria perfecta
Episodios en la historia
de las técnicas de memorización



Disponible en:



Proyecto HISPANVS ARS MEMORIÆ

En el libro *The art of memory in late medieval central Europe* el editor Farkas G. Kiss firma una introducción donde, hacia el final, hace un repaso a los manuscritos del siglo XV estudiados por la investigadora Sabine Heimann-Seelbach. La mayoría los localiza en la zona de Italia y Alemania (más Austria), algunos en Francia... y, al llegar a España, define la situación como *terra incognita*. En nota a pie de página señala que los investigadores españoles parecen más interesados en el siglo XVI y cita como muestra un trabajo de Luis Merino Jerez (concretamente, el título *Retórica y artes de memoria en el Humanismo renacentista*).

Bien, es lógico que los estudios se centren en el siglo XVI, cuando la aparición de la imprenta facilitó una mayor producción y difusión de documentos y donde la cantidad de material disponible multiplica por mucho a la del siglo anterior. No obstante, me sorprendió que Kiss ignorase un título como el *Ars et doctrina studentium et docendi* de Benavente, sumamente interesante para la mnemotecnia del siglo XV.

En ese instante caí en la cuenta de que para un investigador extranjero la mnemotecnia española debía ser tan exótica y desconocida como para mí puede ser la mnemotecnia húngara, checa o polaca (de ahí precisamente el interés por el libro que estaba leyendo).

Fue entonces cuando surgió la idea de un trabajo como el que presento aquí: componer una especie de enciclopedia —una colección de breves fichas al alcance de todos— que reuniese en un solo sitio cuantas referencias hubieran sobre un *ars memoriae* en España.

El objetivo es doble. Por un lado, que poco a poco esta *terra* deje de ser tan *incognita*. Y, por otro lado, que sirva a los curiosos e investigadores como referencia y punto de partida para nuevos estudios que permitan un mayor conocimiento de la materia. Como muy bien señala Kiss a renglón seguido, «la moda del arte de la memoria parece haber sido tan fuerte en las comunidades monásticas y en las universidades, y la circulación de textos tan internacional, que un nuevo estudio de las fuentes locales arrojaría con toda probabilidad más tratados manuscritos en todos estos países».

Deseo pues que este *index* pronto se incremente con el resultado de nuevas investigaciones, pues estoy convencido de que la mnemotecnia española aún guarda valiosos tesoros esperando a ser descubiertos.

Luis Sebastián Pascual
luis@mnemotecnia.es

Las fichas disponibles se pueden consultar en la web:
<https://www.xmne.es/ham/index>